

ET CONSOLARI ET DESOLARE

Diálogo moral entre Andreas Lotha, moralista, y Luis Barreira, escéptico

L.B.—En tiempos de desolación no hacer mudanza, trae Ignacio de Loyola, a quien luego dieron en hacer santo. Tal vez quisiera indicar el dicho santo que es mal momento el desconsuelo para ordenar nuestra vida. Se me antoja, no obstante, excesiva la propuesta, pues supone, primero, que la desolación no será permanente y que es un tránsito hacia el consuelo; segundo, que estando desolados podemos esperar a que se cumpla ese tránsito; tercero, que la devastación del desconsuelo no induce lucidez, sino ofuscación. Las tres cosas —la fugacidad del desierto, la posibilidad de la espera, la oscuridad de la desolación— son, si no falsas, harto dudosas. Suponer, en primer lugar, que vendrá el consuelo estando desolados es anticipar el cumplimiento de la promesa de algo o alguien que desconocemos (sea la naturaleza del hombre o sea la fiducia en un dios) y, por tanto, es confiar más en lo que habrá de venir que en lo que ya ha venido. Imaginar, en segundo, que estando desolados podemos esperar es menospreciar las urgencias que, en tal condición, nos reclaman mudanza. ¡Indícale a quien se duele que no busque remedios o a quien anda esclavo que no se afane por su libertad! Sospechar, por último y más principal, que no hay lucidez en la desolación es suponer que sólo el consuelo tiene iluminación cuando acon-

tece, más bien, que nuestra lucidez es la que a veces nos devasta y que siendo madre de desolación no puede ser hija de consuelo. Con frecuencia en los momentos de oscuridad vemos con mayor claridad lo que hubiéramos de hacer, aunque nos falte voluntad para ello. Concluyo, por ello, que el tiempo de desolación no es inoportuno para proponerse mudanzas y que, aún más, tales tiempos nos dan ganas y fuerzas para enderezar lo que de torcido hubiere en nuestras vidas.

A.L.—Yerras con la peor de las torpezas, la exageración. El dicho indica, más bien, que cuando andamos desnortados no debiéramos apresurarnos a mudar de rumbo, pues no sabríamos a dónde dirigirnos. Si estamos ciegos no podemos conducirnos a nosotros mismos. Conviene, por ello y en tales casos, fijar los puntos de referencia y levantar las escamas de nuestros ojos antes de proceder a los cambios que estimemos adecuados. Pero quizá yerres sobre todo en tu juicio, porque confundes dos tipos de desolación. El primero es aquel que refiere a que carecemos de suelo y a que, con frecuencia, perdemos el pie. A eso lo llamas tú confiar en que recuperaremos nuestro paso, y contigo coincido en que tal esperanza —siendo don divino— no es atributo humano. Pero, la segunda desolación se dice de nosotros mismos y refiere a que, aun sin hacer pie, podemos nadar hacia aquel rumbo que tengamos fijo. La sabiduría del dicho yace en que aun aceptando que andemos entre devastaciones siempre habríamos de fijar mojones de orientación antes de saber qué camino tomar. Aunque carezcamos de amarre, y advierte que no todos nos concederían la justeza de un retrato tal de nuestra condición, conviene, al menos, tener alguna idea de a dónde queremos ir. En tiempo de desconcierto es primero el afanarse en precisar el rumbo y, después, el iniciar el movimiento.

L.B.—Si carecemos de rumbo y nos esforzamos por trazarlo mudamos una condición por otra. Me concedes, pues, que siendo connatural la desolación y siendo natural el movimiento, ambos se pueden dar en cada paso de nuestra vida. Lo que añades es, empero, que mala mudanza sería aquella que no sabe su objeto o su motivo y que tal sabiduría no está en toda devastación, sino sólo en aquella que es asumida con lucidez. Reclamas, por tanto, la certeza del dicho en que nos

Andreas Lotha (Metz, 1914) al parecer estudió en Frankfurt, París y Londres. Residió en México y esporádicamente en España. Es autor de *De nobis ipsis* y estudioso de la cultura clásica, con diversos trabajos sobre Hipomeno de Efeso.

reclama no movernos por ofuscación, sino por iluminación de nosotros mismos. Pero, advierte, que esa iluminación no tiene por qué ser plena y, además, en el improbable estado de consuelo, pues con frecuencia no sabemos qué es lo que deseamos ni cómo conseguirlo y suele acontecer que ni siquiera alcanzamos a definir con claridad los problemas que entretejen nuestra condición. El huir de la oscuridad es, en tales frecuentes circunstancias, motivo suficiente para iniciar un camino, aunque no sepamos a dónde conduce. Y es el aspirar a tales claridades lo que nos requiere mudanza; al menos, mudanza de nosotros mismos. Si el dicho apuntase sólo a que no debemos cambiar nuestra vida cuando no sabemos a dónde encaminarla, como sugieres, te contestaría que el mismo querer encaminarla es mudar la condición; pero sostengo que el dicho, más bien, nos paraliza y nos suspende en una espera de iluminación que no procederá de nosotros. Porque la iluminación, de ser, será sólo nuestra, hemos de mudar y quizá más acertadamente cuanto más desolados nos hallemos.

A.L.—No importa qué constituya nuestra desolación. Imagina, por el contrario, que una cierta bruma en la conciencia nos hiciera creer que estamos en estado de consuelo y de garantía. Imagina que esa bruma es fruto o bien de regalos divinos o bien de alguna particular ceguera ante nosotros mismos (en eso, entre otras cosas, se parecen los dioses y los demonios que por igual ciegan, aunque unos por exceso de luz y otros por su carencia). Si en tal caso procediéramos a trazarnos un camino, aunque creyéramos en nuestra lucidez, caeríamos en la primera zanja del camino y pronto las heridas que recibiéramos nos mostrarían que lo que creíamos consuelo no era sino engaño. Parece, pues, que se impone la urgencia de aprender a mirar. Nota que, en ese caso, desolación y consuelo son la misma y engañosa cosa. No fiemos en el consuelo, pero tampoco en la desolación, pues en ambos casos se nos reclama el no engañarnos. Sucede, no obstante, que la desolación nos urge más y que, en ella, debemos apresurarnos a fijar la atención sobre nosotros mismos. En tiempos de desolación, aún más que en tiempos de consuelo, atiéndete a ti mismo no vayas a engañar tus pasos.

L.B.—Pero, es más peligroso el estado de consolación, pues en él se da, como parece tú mismo suponer, con más facilidad el engaño ante nosotros mismos. Casi habríamos de invertir, por tanto, el dicho e indicar que cuando te sientas consolado es aconsejable que suspendas tus actos en la sospecha de que puedes estar ofuscado y engañado de los dioses o demonios. No deberíamos, consolados, hacer planes sobre nuestra vida ni animarnos a llevarlos a cabo, pues la lucidez del con-

suelo es, por el contrario, la ignorancia y el engaño. Desconfiemos de quienes andan en lo seguro porque cabe pensar que sintiéndose consolados desconocen el rostro verdadero de su condición. Iluminados y consolados abundan que debieran mudar su estado por una más hiriente lucidez. Regreso a mi idea de que la amargura de la desolación nos ata más a la tierra de nosotros mismos y en ella son más firmes los pasos de nuestros cambios y mudanzas.

A.L.—¿No habría pues estados, si no de plenitud, al menos de consuelo? ¿Ni siquiera aquello que unos llaman amor y otros entendemos que es pasión? En ellos, admitirás, queremos retener lo que poseemos (aunque sea el ser nosotros mismos poseídos por algo o alguien que es más que nosotros y que nuestro acto). La pasión, y en concreto la amorosa, busca perpetuarse. No quisiéramos, entonces, sospechar de nosotros mismos. Tu propuesta sugiere que busquemos el acíbar en la vida y que, por estar con él más ciertos de nosotros mismos que cuando gozamos, hagamos de esa amargura el arranque de nuestro caminar.

L.B.—Prácticas malas artes retóricas y pierdes la fuerza de tu primera posición que, entendí, reclamaba la lucidez ante nosotros mismos frente a la ofuscación. Nada dije en contra de la pasión y de su afán de permanencia, aunque sepamos agostable todo deseo. El amor es un furor que ciega, pero no supone quietud, pues su permanencia es, por el contrario, movimiento. Que ello no obsta para lo que sostengo, que desolados buscamos mudanza, se abona con tu reflexión que, más bien, refuerza mi argumento. La carencia desoladora de la pasión es un acicate para encontrar, si lo perdimos, algún ser u objeto en el cual saciarla, una mudanza al cabo. Y si la quietud nunca es posible, y todo es movimiento, no veo que hayas de inmovilizar la desolación en beneficio de la pasión. Por lo demás, supone incluso, lo que es dudoso, que la pasión y su cumplimiento, producen consuelos y permanencias, seguridades y firmezas, solideces y amueblamientos. Sospecho, por el contrario, que la pasión nada ata o asegura, sino que más bien desata e intranquiliza; nada apacigua, sino que todo lo inquieta.

A.L.—Concedo. Pero habrás de concederme, a tu vez, que sería una gran torpeza buscar la desolación para mudar nuestro estado. Inviertes las enseñanzas morales que indican que es el bien primero la búsqueda de nuestra felicidad argumentando que, puesto que la vida es movimiento, y el movimiento está más justificado en momentos de devastación, la vida misma sólo encuentra su motivo en tales penosos estados.

L.B.—No afirmé tal. Sólo sostuve que, estando desolados estamos justificados de movernos, incluso más que estando consolados. Y ello,

precisamente, porque la felicidad es aquello que buscamos aunque no podamos ponerle rostro ni nombre e incluso aunque nunca pudiéramos hacerlo. Consuelo y desconsuelo son dos rostros de esa búsqueda, pero es más fiable el segundo. Pero, sería torpeza, o pérfida falacia, entender que aquello que más garantiza la búsqueda –la desolación, según crees, por el contrario, su meta.

A.L.–Pero sí parece dar primacía a lo que llamé el acíbar a la hora de entender a nosotros mismos. Atiende que, a pesar de tus argumentos, no acabas de negar mi propuesta de que es la atención a nosotros lo primero y sus condiciones lo secundario aunque beneficies, de entre ellas, la desolación. Fíjate que no puedes rechazar que la claridad de nuestra mirada es lo primero, aunque, concedo, aquello que mires sea devastación y desolación.

L.B.–¿Cómo diferenciar la claridad del mirar de aquello que se mira? Erráis los moralistas que buscáis en el interior del hombre su sentido. ¿No es nuestra lucidez hija de nuestra desolada condición? Nada de dentro explica algo de fuera.

A.L.–Nada de fuera explica las diferencias de adentro; nada mirado da cuenta de las diferencias del mirar.

L.B.–No sé si con ello llegamos a algún consuelo o, por el contrario, si acendramos nuestra desolación.

A.L.–Tampoco yo.